

La solución de raíz, está en el desarrollo de la consciencia

La razón de los limitadísimos beneficios del impulso de las mujeres indígenas o su carencia en la participación de la cosa pública a través de normas jurídicas y criterios judiciales, es cada vez más evidente: no se está yendo a la raíz. Nada puede ser cambiado en los efectos, hay que cambiar la causa.

La causa está en un cambio de pensamiento, seremos testigos de una participación sustancial de todas las mujeres, sólo después de un proceso de cambio profundo de consciencia, sólo después de un “desaprender” nuestros viejos paradigmas sociales y culturales, sólo cuando nos hayamos reinventado sin temor al cambio y que decidamos concedernos los mismos derechos y participar en las mismas obligaciones.

Las mujeres, indígenas o no, prefieren en la mayoría de los casos no participar en asuntos de política pues el costo social y familiar que tienen que pagar es muy alto. Se enfrentan a la falta de apoyo principalmente de sus más cercanos y a una violencia abierta y/o silenciosa en todos los ámbitos. Las mujeres de hoy siguen prefiriendo “autoeliminar” para evitar pagar la pesada factura de su participación en la vida política del país, situación que se replica en todos los niveles, lo vemos en la integración de los órganos administrativos y judiciales y en el mundo corporativo, lo vemos en los concursos para acceder a cargos, las mujeres siempre son una marcada minoría. La realidad nos indica que estamos muy lejos de ir a la par y que aún hay muchas barreras en el acontecer diario para que la igualdad se pueda materializar.

Como podemos darnos cuenta, dentro de las comunidades indígenas existen muchos matices y realidades, diferentes maneras de entender la vida y de vivirla. Sin embargo, en el propósito de ir a “las causas” de la falta de participación política de las mujeres, encontramos algunos denominadores comunes de una comunidad a otra y que son compartidos incluso con mujeres fuera de los pueblos indígenas.

Las mujeres de todas partes del mundo y condiciones sociales dedican gran parte de su vida al trabajo reproductivo y cuando tienen un trabajo remunerado tienen que combinar ambas labores, muchas veces con bajos salarios e incluso con carencia de servicios sociales. El debate respecto a este tema va en aumento, pero la incorporación de cambios en la vida cotidiana ha sido sumamente lenta.

Se ha hablado en algunos foros de la “economía de cuidado”; sin embargo, el tema es mucho más complejo, ameritaría un cambio profundo en lo más íntimo, en nuestro día a día y ameritaría incluir de manera importante a los padres en el cuidado de sus hijos y en general de las personas, así como en las tareas del hogar que es una labor que han asumido las mujeres rurales y urbanas, de todas las latitudes a lo largo de los tiempos.

Las mujeres contribuimos de manera importante a agravar, hacer más fuertes y profundas las raíces que dan vida a estos paradigmas sociales, desde la comodidad que da el no atreverse al cambio. Hombres y mujeres tenemos fallas que debemos revisar.

Como miembros de una sociedad, no podemos soslayar la importancia de las actividades domésticas y del cuidado de la familia, es ahí en ese pequeño núcleo en donde nacen los valores, los vínculos, la seguridad, la estabilidad emocional, el sano desarrollo en todos los aspectos de la vida; es ahí donde lo que se siembra como semilla microsocia, impactará irremediamente a los niveles macrosociales. Estas actividades son las que nos dignifican como seres humanos y son la base de nuestro bienestar individual y social.

Por su naturaleza, son actividades no remuneradas y no son cuantificables en el aporte de las economías nacionales y menos aún al interior del núcleo familiar, sobre todo, generalmente no son reconocidas por quién hace la aportación económica dentro de la familia. Este tema parece minúsculo pero es de una importancia de trascendencia, debemos atenderla como una de las más importantes construcciones de las nuevas maneras de pensamiento, ya que esto repercute seriamente en los temas de sumisión y obediencia.

Las mujeres que dedican su vida al cuidado de las labores del hogar, generalmente no tienen libertad económica y no hay independencia en ningún ámbito sin libertad económica, por ello, este tema es central en la necesaria evolución femenina hacia la igualdad.

Justamente, para ir a la raíz de las soluciones y en un imaginario deseable: a la par de que las mujeres se incrustan en la vida laboral remunerada, la tarea de la sociedad en conjunto es la de empoderar a los hombres en las actividades del hogar.

Este es un movimiento que debe impulsarse consciente e internamente por hombres y mujeres, es una responsabilidad de ambos generar estos cambios, el resultado será, sin duda, familias emocionalmente sanas pues la igualdad tiene un sentido de bienestar muy profundo; la verdadera igualdad y justicia entre los géneros evitaría mucho sufrimiento y propiciaría ambientes propicios para la vida armónica e igualitaria que todos deseamos.

Y ¿cómo se podrían cambiar estos arraigados patrones culturales dentro de las comunidades indígenas cuando ha quedado claro que los usos y costumbres de los pueblos son justamente su sustancia?

Es muy importante comunicar a las mujeres indígenas y también a los hombres, que todas las sociedades, incluso las indígenas, están en movimiento constante, las culturas son entidades que se transforman.

Se solía considerar que permanecían esencialmente inmutables y que su contenido se ‘transmitía’ por varios canales, como la educación o las diferentes tradiciones. “En la actualidad se entiende cada vez más la cultura como un proceso en el cual las sociedades se transforman con arreglo a pautas que les son peculiares.”¹⁸

Un buen ejemplo es el fenómeno de migración que ha provocado modificaciones en la organización de las comunidades y pueblos indígenas, pues las mujeres suelen tener un marido o un padre que migró y produce un cambio acelerado en su rol familiar y productivo y las ha obligado a asumir la dirección de la familia y mayor participación en el ámbito público. Este cambio se ha producido por un factor externo, pero también son posibles los movimientos que generen cambios desde el interior.

También hay que comunicar a las mujeres sobre el reconocimiento de su fuerza y de su poder, sobre su capacidad de independencia y de que por supuesto son capaces de asumir altos cargos de decisión y dirección. Esta también ha sido una solicitud constante expresada por las mujeres indígenas en múltiples foros y talleres.

Es así como pueden generar nuevas realidades: ser conscientes. La consciencia es un movimiento interior desde el que podemos cuestionar qué nos ha sido impuesto por otros y qué es lo que verdaderamente queremos y necesitamos, y mejor aún, entender qué pertenece a nuestra propia naturaleza y, por ende, en nuestra naturaleza se encuentran los valores de igualdad.

Lechner señaló que “estaba convencido que los cambios en el interior de las personas, suelen ser más impactantes que los cambios exteriores de los países”¹⁹

18. UNESCO, 2010, p. 5

19. Lechner citado por Bareiro, Baksh, Celiberti, Chiarotti y otras p. 98

Por eso el concepto de la democracia como vida cotidiana es de vital relevancia, “Es en el espacio de lo cotidiano donde se tejen y alimentan las relaciones de desigualdad e inequidad entre mujeres y hombres, que evidencian dimensiones y prácticas sociales de alto contenido político”. (Bareiro, Baksh, Celiberti, Chiarotti y otras p.105).

En la cotidianeidad es donde se sienten y viven las desigualdades de poder, la división de clases sociales, la pobreza y la discriminación. Es en donde se integra lo social y lo personal, pero también es en donde puede surgir el impulso para el cambio.

Los cambios hacia la igualdad y hacia valores universales darán sin duda respuestas positivas y resolverán problemas caducos que afectan a todos los miembros, no sólo a las mujeres, porque todos estamos vinculados.

Indudablemente seremos afectados cuando otro se vea afectado, cada uno de nosotros somos células de un mismo organismo. Es evidente que la explotación, abuso y excesos de unos, frente a las desventajas de otros, siempre se vuelve en contra. Lo vemos claramente en el nivel de inseguridad que nuestro país vive, provocada por las insultantes desigualdades sociales. La falta de equilibrio deja a ambas partes en la balanza, al fuerte y al desvalido, en una situación que aún con sus grandes diferencias siempre resulta desfavorable para los dos. Esto es más fácil de ser comprendido por los pueblos y comunidades indígenas por su alto sentido comunitarista y el éxito de este sentir, vivir y convivir se refleja en su heroica sobrevivencia y gran fortaleza demostrada ante los agentes externos. Este camino da visos de esperanza frente a la inminente descomposición social y abre la posibilidad de caminar hacia valores superiores de colaboración y de igualdad.

Podríamos decir entonces, que impulsar la participación de las mujeres indígenas sin cambiar el pensamiento social en todas las realidades nacionales se antoja imposible.

Para concluir, transcribo algunos fragmentos de una participación en el Foro Estatal de la Defensoría Pública Electoral para Pueblos y Comunidades Indígenas el pasado 29 de abril de 2016, una mujer indígena originaria de San Pedro Cajonos, Oaxaca, hablando sobre la imposición de obligar a participar con paridad de género.

“En el sentir de nuestras comunidades, sabemos de los ciclos agrícolas y que de la madre tierra y del padre sol se genera todo. Si la madre tierra no tuviera a nuestro

padre sol, nuestras semillas no crecerían. Así trabajamos en nuestros pueblos originarios [...] hombres y mujeres llevados de la mano, [...] hay problemas cuando se nos impone. A las Asambleas comunitarias de nuestros pueblos, no nos gusta la imposición. [...] Yo lo comparo con la tierra, cuando nosotros sembramos ¿qué hacemos? Barbechamos, aramos la tierra para que la semilla crezca, porque así nada más porque la ley lo dice: no es posible y nos ha ocasionado problemas [...]"

Al respecto, Guillermo Bonfil Batalla, escribió en 1987: “[...] Y este ha sido precisamente, la situación que han defendido los pueblos indios y la que les ha permitido sobrevivir casi cinco siglos; conservar un conjunto, así sea restringido y precario de elementos culturales propios (recursos naturales, formas de organización, códigos de comunicación, conocimientos, símbolos) respecto de los cuales demandan el derecho exclusivo de tomar decisiones”.²⁰ En la actualidad, el péndulo de la historia en nuestro país se encuentra en su extremo negativo. El modelo neoliberal que nos fue impuesto desde el exterior es la principal secuela del proyecto civilizador de occidente y gracias a él, el costo social se ha echado en los hombros de los sectores menos favorecidos en el antiguo sistema, favoreciendo así a los dueños de los capitales, principalmente externos. Pareciera que a lo largo y ancho del país una nube oscura nos impidiera asomarnos hacia un futuro mejor.

Nos hemos negado un proyecto de nación propio. Quizá es tiempo de voltear hacia nuestras más profundas raíces y, también, quizá como Bonfil Batalla expresó: es el momento de *indianizarnos*. Esto es, unir en un esfuerzo colectivo, lo mejor de lo que se nos ha impuesto con lo mejor de nuestros orígenes, principalmente, el amor a la tierra y a la naturaleza y sobre todo el espíritu solidario y participativo “...estaremos negando radicalmente la pretendida hegemonía de occidente que descansa en el supuesto de que diferencia equivale a desigualdad y lo diferente es, por definición, inferior.”

Sembrando hombres y mujeres esta nueva semilla de la justicia, es como lograremos cosechar un fruto más dulce de nuevas realidades, el cambio tiene que ser endógeno, desde el interior de cada uno de los que conformamos el núcleo social. Tal como lo dijo Hannah Arendt en el siglo pasado, “requiere de mucha fuerza como miembros de un grupo concedernos los mismos derechos.”

20.(Bonfil, 1987, p. 175)

Derechos político- electorales de las mujeres indígenas. ¿Protección o imposición?

Las mujeres, de la mano de los hombres de esta era, somos protagonistas para hacer este cambio necesariamente abrupto, somos encargados de poner a la vista todas las estructuras arcaicas, de hacer un análisis consciente de cada una de nuestra manera de pensar; es momento de escuchar las voces discrepantes, de hablar, de creer alto, de sentir, de saber qué queremos, cuáles son nuestros sueños, cómo nos imaginamos y cómo imaginamos el mundo de nuestras hijas e hijos; poniendo muy en alto que primero es el ser humano y luego el derecho.